

su labor apostólica, y a los cinco años tenían el consuelo de haber reunido más de tres mil indios que vivían como cristianos (1).

Así nos lo atestigua un documento curioso del año 1666, cuya sustancia vamos a comunicar a nuestros lectores. Es un informe dirigido al Rey por D. Pedro Ordóñez y Vargas Valdelomar, donde leemos estos datos curiosos: «Los PP. de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada entraron los años pasados en estos Llanos y pueblos de la cordillera, y con su acostumbrado celo trabajaron con tan feliz suceso, que no solamente bautizaron a muchos indios en los pueblos de Morocote, Juano, Pizúa, Paya, Tamara, Guaseco, Pauto, Pueblo de la Sal y Chita, como curas directores de dichos pueblos, mas otros muchos, así de la Cordillera de los Andes como de los Llanos, asistiendo en ellos predicando y enseñando en su propia lengua la religión cristiana a los naturales. Han obrado con tanto celo y buen suceso, que en breve tiempo abrieron camino y redujeron, según he tenido noticia, parte de siete naciones, conviene a saber: La Achagua, Girara, Tuneba, Sáliva, Quirita, Huaiba y Criricoa (2), teniendo el día de hoy pueblos y doctrinas de todas estas naciones, en las cuales asisten de ordinario, según tengo noticia, tres mil y más indios por relación que tengo de los mismos indios, y del viaje que acaba de hacer el P. Antonio de Monteverde de la misma Compañía, superior de todas las misiones a los pueblos de Meta y Atanare, adonde fué a visitar y socorrer al nuevo pueblo de Achaguas que los dichos Padres han reducido el año pasado de 1665. Se está poblando y doctrinando a la nación Sáliva, que se hará pueblo, y a otros tres pueblos de Achaguas que están hacia el río de Apure» (3).

En los mapas modernos no descubrimos muchos de los nom-

(1) Los pormenores de estas excursiones apostólicas pueden leerse en el P. Rivero, libro II, desde el capititulo 12 hasta el 19.

(2) Reproducimos estos nombres tal como los hallamos en este documento. En el P. Rivero aparecen algunos de diversa ortografía. Según cierta carta del P. Monteverde que copia el P. Rivero, los pueblos fundados en estos años eran los nueve siguientes: 1, San Salvador de Casanare; 2, El Pilar de Patute; 3, Nuestra Señora de Tame; 4, San Javier de Macaguare; 5, Caquetios de Pauto; 6, San Ignacio de Curama; 7, Chiricoas de Ariporo; 8, San José de Aritagua; 9, San Joaquín de Orocetare. Dice el P. Rivero *ib.*, c. 26). «Todos éstos subsisten hasta hoy», es decir, en el año 1736.

(3) Santiago de Chile. Bibl. nac., *Jesuitas Bogotá*, 404. El documento está fechado en «Santiago de las Atalayas, 6 de Julio de 1666».

bres que suenan en este informe. Lo que podemos precisar es que estas misiones, llamadas de los Llanos, se desarrollaron en el vastísimo cuadrilátero que forma al Este el Orinoco, al Oeste la cordillera de los Andes, al Norte el río Apure y al Sur el río Meta, afluentes ambos del citado Orinoco. De esta manera se dió principio estable a las misiones de los Llanos en la segunda mitad del siglo XVII.

6. En todo este tiempo anhelaban nuestros Padres extenderse hacia las regiones del Orinoco, por haber oído decir que se hallaban pobladas por innumerables indios, muchos de los cuales mostraban bondad natural y buena disposición para recibir el Evangelio. El P. Monteverde sugirió la idea en 1664 de enviar algunos sujetos hasta la Guayana, para entenderse con el presidio español situado cerca de la desembocadura del Orinoco, enfrente de la isla Trinidad. Comunicándose desde Nueva Granada con este presidio, podría ser más fácil socorrerse mutuamente y apoyar las empresas apostólicas que se quisieran establecer en los países intermedios. Agradó la idea al P. Provincial y destinó para este trabajo al P. Francisco de Ellauri, ya anciano, y al P. Julián de Vergara, joven que terminaba entonces la carrera de sus estudios. Empezaron animosamente los dos misioneros la exploración que se les encargaba. Bajando por el río Casanare entraron en el Meta y por éste bajaron al Orinoco. No sin muchos percances y averías, indispensables en estos viajes por tierra desconocida, llegaron por fin al presidio español de la Guayana. Penosa impresión recibieron al ver lo que allí había. Eran unos pocos soldados medio desnudos, mal asistidos desde España y quejosos de que se les pagaba tarde y mal, porque en la metrópoli se mandaba pagarles desde Santa Fe, y era tal la distancia de esta ciudad, que casi nunca les llegaba a tiempo el sueldo que se les debía. Pronto se convencieron ambos Padres de que en vez de esperar socorro de la Guayana, sería necesario enviárselo desde Bogotá. Entretanto procuraron hacer buenamente lo que podían para santificar aquellos pocos españoles y para evangelizar a los indios que asomaban en los contornos. Poco tiempo les duró este trabajo. El P. Ellauri cayó enfermo, y después de dos meses y medio de continuas calenturas, expiró santamente el 12 de Febrero de 1665 (1). Su compañero el P. Vergara volvióse

(1) Rivero, *op. cit.*, l. II, c. 19.

a los Llanos y de allí a Santa Fe para contar el resultado poco halagüeño de su exploración.

No por eso se desanimaron los jesuitas. Tres años después, en 1668, dispusieron otra expedición. La formaban los PP. Ignacio Cano y Julián de Vergara, a los cuales escoltaban varios soldados con un cabo español. Cargaron algunas piraguas con abundantes provisiones de boca, e iban bien prevenidos así para defenderse como para regalar a los indios y atraerles la voluntad. Siguiendo el mismo camino, ejercitaron su celo cuanto les fué posible con los indios que encontraban en la ribera de los ríos, pero tampoco hallaron comodidad para establecerse de fijo en la Guayana, y en cambio observaron el grave peligro que les podía venir de los Caribes, indios feroces, que por haber tratado con los holandeses, habían obtenido armas de fuego y sabían juntar la destreza en el pelear de los europeos con la crueldad y antropofagia de los salvajes. Informándose de todo lo que pudieron descubrir, volvieron ambos misioneros a Santa Fe el año siguiente de 1669 (1).

Algunos años se detuvo esta empresa del Orinoco, ya por las graves dificultades que en sí misma llevaba, ya por la escasez de misioneros que padecía la provincia de Nueva Granada, pues los pocos de que podían disponer nuestros Superiores los necesitaban para las misiones de los Llanos y Casanare, que se sostenían no sin dificultad.

En 1675 el P. Alonso de Neira propuso la idea de que se podrían entablar las misiones del Orinoco, tomando la precaución de llevar una veintena de familias españolas, con las cuales se fundase un pueblo en lugar oportuno. Este podría ser como un castillo y defensa, desde el cual se extendiesen los misioneros para la conquista espiritual de las almas que aparecían a lo largo del gran río. Agradó esta idea a la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, y comunicada al Consejo de Indias en Madrid, obtuvo también la aprobación de este respetable Cuerpo y la sanción del Rey Carlos II, quien animó a la Compañía a realizar este plan y alargó algún tanto las limosnas que se solían dar a los misioneros (2).

Pasáronse algunos años sin poder ejecutar el plan concebido,

(1) Rivero, op. cit., l. II, c. 21.

(2) Véase la real cédula de 3 de Marzo de 1679, donde se refiere el proyecto formado en 1675, se aprueba y se exhorta a ponerlo en práctica (Archi-

y la principal dificultad que impedía la ejecución era la falta de sujetos. En 1679 fueron mandados para tantear el terreno los Padres Ignacio Fiol y Felipe Gómez. Debían registrar los sitios oportunos donde se pudiese establecer la proyectada ciudad de españoles. Vueltos a Bogotá informaron de todo lo que sabían y todavía se detuvieron nuestros superiores, esperando el socorro de misioneros que por entonces se estaban reclutando en Europa (1). Este auxilio tan deseado llegó a Cartagena el 2 de Abril de 1682. Una lucida expedición de misioneros españoles y de varios extranjeros desembarcó en ese día y se encaminó luego a Bogotá. Al instante dispuso el P. Provincial la expedición al Orinoco. Fueron escogidos para esta empresa el ya citado P. Ignacio Fiol, como superior; el P. Cristóbal Radiel, alemán; el P. Gaspar Beck, flamenco, y los PP. Agustín de Campos y Julián de Vergara, españoles. A este último se dió la comisión de ser como procurador de los misioneros y para esto llevaba consigo todo el cargamento que podía de abalorios, agujas y chucherías que se debían repartir entre los indios, y juntamente algunas vacas que esperaban se multiplicarían allí, como se habían multiplicado en el Paraguay, y podrían ser con el tiempo el ordinario sustento de los misioneros y de los neófitos. Todos cinco llegaron a orillas del Orinoco llevando consigo algunas familias españolas con las cuales fundaron un pueblo que llamaron Santa Rosa, y empezaron a trabajar fervorosamente a mediados del año 1682 (2). Al año siguiente llegó a las mismas misiones el P. Ignacio Teobast, flamenco, que las había pedido con mucha insistencia, por lo cual, condescendiendo a sus ruegos, le enviaron a estas misiones los superiores, retirando de allí al P. Agustín de Campos, que fué trasladado a los Llanos.

En el espacio de dos años fundaron los cinco jesuitas estos

vo de Indias 116-5-4). Véase también otra cédula del 19 de Diciembre de 1680 (*Ibid.*, 116-5-11).

(1) De esta excursión de los dos Padres da cuenta al Rey D. Francisco Castillo de la Concha, presidente de la Audiencia de Bogotá, en carta de 2 de Enero de 1682. Dice que descubrieron como cuatro mil indios de cinco naciones diferentes, y que en general aquellos salvajes muestran buena disposición para recibir el Evangelio.

(2) Véase una cédula real dirigida al Presidente Castillo de la Concha el 17 de Febrero de 1683. En ella se congratula el Rey del feliz principio que se ha dado a la misión del Orinoco fundando la ciudad de Santa Rosa. Se exhorta a fomentar la empresa. (Arch. de Indias, 116-5-4.)

pueblos, cuyos nombres no descubrimos en los mapas modernos. El primero era Tabaje, y a cierta distancia uno de otro venían después los de Adoles, Percia, Cusia, Maziva, Duma y Cataruben (1). En todos ellos empezaron a introducir algo de orden y de costumbres cristianas y trabajaban muy animosos los Padres, observando la cordialidad de los indios y la relativa facilidad con que se iban amoldando a las costumbres cristianas.

Un grave contratiempo padecieron al segundo año, y fué que el P. Cristóbal Radiel, vadeando un río caudaloso, fué arrebatado por la corriente y pereció ahogado, sin que le pudieran valer los indios que le acompañaban (2). No se desalentaron por esta tribulación sus cuatro compañeros, que prosiguieron incansables en su tarea. El humilde P. Vergara escribía al Gobernador de Guayana estas palabras: «Estamos cuatro Padres en esta misión del Orinoco, los tres son unos santos, sólo yo soy un pobre pecador. Hay en dicha misión muchos gentiles, y hacemos cuanto podemos en orden a reducirlos para Dios. Esta misión está muy en sus principios, pues no hace dos años que vinieron los primeros Padres... Si hubiera en esta misión un presidio de veinte soldados, en pocos años se redujeran más de treinta mil almas a nuestra santa fe» (3). Hermosas esperanzas, que por desgracia no se realizaron.

Habían levantado los misioneros modestísimas iglesias o capillas, donde los indios se juntaban todos los días y rezaban el rosario. Ya empezaban a enseñarles a labrar la tierra y a sembrar las semillas que habían llevado de Europa y esperaban muy pronto reunir en aquellos pueblos numerosa multitud de indios convertidos a la fe, cuando de repente sobrevino una tempestad que arrancó de cuajo todo lo que se había fundado y acabó de un golpe con la naciente misión del Orinoco. Los indios Caribes o movidos por el odio contra nuestros Padres o por la codicia de robar algunas alhajas, determinaron acometer a estos pueblos y ejecutaron su dañado pensamiento en el mes de Octubre de 1684. Poseemos una sencilla narración de esta catástrofe escrita por el P. Julián de Vergara, y creemos que nuestros lectores nos agra-

(1) Seguimos la ortografía del P. Casani.

(2) Según el P. Ribero (*ib.*, l. III, c. 3), la muerte del P. Radiel ocurrió por Agosto de 1684.

(3) Consérvase esta carta, que no tiene fecha, en Bogotá, Bibl. nac., Archivo histórico, *Colonia*, 2.

decerán el copiar sencillamente las palabras del misionero, pues no lo habíamos de decir con más claridad y sencillez que él mismo. Véase lo que nos cuenta el P. Vergara:

«Lunes 2 de Octubre de este año de 1684, aparecieron doce indios Caribes en el hato donde yo estaba, y haciéndoles yo varias preguntas acerca de la Guayana y del fin a que venían, me respondieron que la Guayana estaba en el estado en que yo la había dejado, y que venían a comprar mazos, quiripas y otros trastos de indios. Durmieron aquella noche en el hato, y por la mañana se fueron al río Dubarro, donde tenían siete piraguas. Juzgando yo que no vendrían ya más Caribes, una hora después que se fueron los otros, estando para decir misa, vi venir corriendo como gamos a unos ciento setenta Caribes armados de flechas, macanas, alfanjes, pistolas y escopetas con los gatillos levantados. Viéndoles venir de esta suerte, saqué una medalla de San Francisco de Borja que traía al cuello, encomendándome a su patrocinio y ofreciéndole la misa que había de decir en su santo día, con intención de que alcanzase de Dios Nuestro Señor que aquellos Caribes no quitasen la vida a los que estábamos en aquel hato, porque es cierto que venían a matarnos.

»Entraron de tropel en la casa, pidieron asiento, y les di de más a más cacao a los más principales indios, que serían diez. Dijéronme que les diese quiripa si la tenía. Hizose así, y entonces un indio principal en castellano dijo: mataremos, mataremos. Otros Caribes le respondieron en su lengua no sé qué, y luego, volviendo las espaldas, se fueron hacia el río, algunos pateando, otros haciendo puntería con las escopetas y otros haciendo visajes con los ojos y manos, dando a entender el pesar que llevaban de no haberme muerto y robado el hato, habiendo andado más de cien leguas con este intento. No dudo que obró en este caso un milagro nuestro glorioso P. San Francisco de Borja, a quien estoy y estaré agradecidísimo todos los días de mi vida, y todos los años en el día de su fiesta le diré la misa en acción de gracias por este singular beneficio.

»Salieron los Caribes el martes del hato, y el jueves llegaron a Caraven, doctrina del P. Superior Ignacio Fiol, dividiéronse el viernes, quedáronse cuarenta en la doctrina del P. Superior, otros cuarenta fueron a Doma, doctrina del P. Ignacio Teobast, y otros cuarenta se repartieron a Cusia, doctrina del P. Gaspar Beck. Unos indios quedaron en las piraguas y otros fueron a

otros pueblos en donde no había Padres. Luego que llegaron los Caribes a dichos pueblos dijeron que sólo venían a matar a los Padres, y que así los indios no temiesen. Todos los Padres fueron luego avisados por los indios de las doctrinas de esta nueva fatal, si bien no les creyeron. El sábado por la mañana mataron cruelmente los sacrilegos Caribes con sus macanas, alfanjes y escopetas a los tres santos e inocentes Padres, a quienes tengo una santa envidia, y sólo siento no haberles acompañado en el género de muerte que tan dichosamente padecieron, espina que me atravesará el corazón mientras viviere. Después de muertos, los arrasaron, robaron cuanto tenían, quemaron las casas, cortaron los brazos y piernas a los Padres Beck y Teobast, y se las llevaron consigo. Lleváronse también cinco cálices con sus patenas y ocho ornamentos enteros, cuyas albas y casullas llevaban puestas por el río Orinoco abajo. También mataron a dos españoles y a un indio y se llevaron ocho cautivos cristianos.

»Luego que supe esta nueva, determiné seguir los ejemplos de los santos Anastasio y Blas, y habiendo escondido los trastos de casa en un monte, salí, después de haber dicho misa, con veinticuatro personas a esconderme en los montes, y el mismo día, como a las tres de la tarde, dieron en el hato los Caribes, robaron cuanto había en la cámara para casa y cogieron a un muchacho llamado Francisco, porque no parece vivo ni muerto, el cual parece les dijo dónde estaban los trastos escondidos, porque los robaron. El martes se fueron río abajo los Caribes, y a los tres días volvieron desde el Adoles tres piraguas, dos de Caribes y una de Sálivas, a buscarme en el hato para matarme. Yo empero, inspirado sin duda por Dios, empecé el mismo martes mi caminata para los Llanos, que me duró ciento y cinco días, los sesenta por tierra y los cuarenta y cinco por agua, en una mala curiara (canoa) que me hicieron unos achaguas. En tierra y en agua padecí muchos trabajos; en tierra porque caminé muchas leguas entre espinas y anegadizos, cuyas aguas nos llegaban unas veces a los pechos, y otras a los cuellos. En el agua del río Meta, porque estuve varias veces para ahogarme, y una vez zozobró la curiara y me libró Dios de la muerte. Llovían continuos aguaceros sobre nosotros, sin tener sobretodos con qué cubrirnos. En noventa días no comimos pan, sino unas raíces amargas; y con este sustento me apretaban las calenturas y dolores de la gota, con que me puse tan flaco, que tenía muy pocas carnes so-

bre los huesos. Doy por todo infinitas gracias a Dios. Pauto y Febrero de 1685» (1).

Este desastre interrumpió súbitamente aquellas misiones, pero no abatió el ánimo de los jesuitas. Siete años después dispusieron nuestros superiores otra expedición a las tierras del famoso río. El 29 de Noviembre de 1691 salieron de Santa Rosa de Casanare para el Orinoco los PP. Alonso de Neira, Superior de la expedición, José de Silva, Procurador, José Caborque y Vicente Loberzo. Haciales escolta el Capitán Tiburcio de Medina con algunos soldados españoles, e iban asimismo con ellos algunas familias y sirvientes a quienes nombra un certificado que tenemos a la vista (2). A todos los sobredichos conducían cuatro embarcaciones medianas movidas por treinta y seis indios remeros. Con estas prevenciones salieron del puerto de Casanare para fundar de nuevo la misión del Orinoco. No tardaron en sobrevenir las consabidas dificultades de parte de los Caribes; pero la presencia de los soldados impidió que se repitiese la intentona de 1684. Esto no obstante, vino a caer en manos de los Caribes el P. Vicente Loberzo a los catorce meses de haber trabajado en la misión. Era este Padre un joven religioso siciliano que no había hecho aún la tercera probación. Llamóle el P. Provincial para que la hiciese en Bogotá, y él, juntándose con un capitán

(1) Archivo de Indias, 73-3-11.

(2) Copiaremos la sustancia de este certificado, para que consten los nombres de aquellos honrados españoles que acompañaban a nuestros misioneros. «Toribio Sánchez Chamorro, Alcalde de Santa Rosa de Casanare...», certifico, que hoy, 29 de Noviembre de 1691, salieron los RR. PP. misioneros para el Orinoco, Alonso de Neira, Superior, José de Silva, Procurador, José Caborque y Vicente Loberzo, y en su escolta el capitán Tiburcio de Medina, que va por cabo de los soldados, que son el alférez Francisco de Vera, el sargento Antonio Cortés, el cabo de escuadra José Bergaño, Tomás de Herrera, Juan Crisóstomo Berdugo, Antonio Rico, Juan de la Fuente, Salvador Godoy, Salvador Galiano, Antonio de Ojeda, Bernardo de Rojas, y asimismo van algunas familias y sirvientes, que son, Doña Josefa de Medina, hija legítima del capitán, y sus sirvientes, que son, Miguel Salcedo, el niño Lorenzo Yari-gua, Gertrudis y su hija. Y en servicio de los Padres van dos niños, que son: Bartolomé Moyano y Sebastián de Rojas. Y a todos los sobredichos conducen y llevan el viaje cuatro embarcaciones medianas y las bogas que les corresponden, que son treinta y seis indios a propósito de los de este pueblo, y dichos Padres salieron aviados y prevenidos como para tan largo viaje a costa de la misión, sin embargo de lo con que ayuda de Su Majestad. Puerto de Casanare 29 de Noviembre de 1691.» Archivo de Indias 56-6-21.

español y unos pocos soldados, emprendió el camino. Al poco tiempo tropezaron con dos embarcaciones de Caribes, los cuales traían una carta contrahecha y firmada por el Gobernador de la Guayana, en la cual se decía que el Rey Católico admitía por vasallos suyos a los indios Caribes y les permitía tratar y comerciar con los españoles. El capitán creyó de buena fe la autenticidad de esta carta y empezó a tratar como con amigos con aquellos salvajes. A los dos días de familiar conversación, de repente le acometieron por la espalda los Caribes y le dieron muerte cruel. Corrieron luego al P. Vicente Loberzo, y a macanazos le deshicieron la cabeza (1).

No se extinguió con este martirio la misión del Orinoco, pero tuvo muy lánguida vida en los años siguientes. Entretanto continuaban los misioneros, así en los Llanos como en la vecindad del gran río, acrecentando como podían aquellas incipientes cristiandades. El P. Alonso de Neira prosiguió afanándose en aquellas misiones hasta el año 1705 en que murió (2). Sentimos no poseer noticias más circunstanciadas sobre este misionero, porque el hecho de haber perseverado cuarenta y cuatro años continuos en evangelizar a los salvajes es un indicio de que aquel hombre poseía dotes apostólicas de orden superior. Sin embargo, son tan borrosas las noticias que han llegado a nosotros sobre su carácter y virtudes, que a duras penas podemos formar un concepto algo aproximado de lo que fué tan insigne misionero. Hacemos alto en este punto, dejando para el tomo siguiente la continuación de estas misiones, que florecieron sobre todo en la primera mitad del siglo XVIII.

(1) Ignoramos el día preciso en que sucedió la muerte del P. Loberzo; pero debió ser en el mes de Enero o Febrero de 1693. El P. Rivero señala el 12 de Febrero. Las precedentes noticias sobre la muerte del Padre nos las da una carta escrita en Bogotá por el P. Juan Martín Rubio el 12 de Abril de 1693 y dirigida al P. Isidoro Fores, Rector de Quito. Consérvase esta carta en el archivo de nuestro colegio de Quito.

(2) Pueden consultarse varias particularidades de estas misiones en el P. Rivero, que en los primeros ocho capítulos del libro quinto expone las fatigas de nuestros operarios evangélicos en los años 1695-1705.

CAPÍTULO XI

LA PROVINCIA DEL PARAGUAY DE 1652 A 1705

SUMARIO: 1. Progresos de la provincia desde 1652 hasta 1705.—2. Estado interior y dificultades que affigieron a la provincia.—3. Estado general de las reducciones de indios.—4. Les mandan pagar el tributo en dinero.—5. Les quitan y les devuelven las armas de fuego.—6. Servicios que prestaban los neófitos en la Asunción y en otros puntos del Paraguay.—7. Socorros militares prestados por los indios en Buenos Aires de 1680 a 1683.—8. Contribuyen los indios a conquistar la colonia del Sacramento en 1705.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de PP. Generales.—2. *Litterae annuae*.—3. *Paraguaria, Historia*, II.—4. Documentos del Archivo de Indias.—5. Documentos de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.—6. Documentos del Archivo General de la Nación en Buenos Aires.

1. Si fué complicada la historia de los jesuitas en el Paraguay en la primera mitad del siglo XVII, no lo es menos en la segunda, cuando se cruzan hechos tan heterogéneos y abundan de tal modo los documentos, tal vez opuestos entre sí, que no se puede excusar al pronto cierta confusión, parecida a la que experimenta una persona, que se presenta en medio de una multitud, donde todos hablan simultáneamente. Veremos si nos es posible ordenar los principales hechos de nuestra historia en el Paraguay y calificar con acierto el proceder de nuestros Padres en aquellas empresas tan encomiadas por unos, tan vituperadas por otros y tan mal entendidas por algunos sabios modernos. Para mayor claridad nos ha parecido conveniente dividir la materia en dos capítulos. En el primero expondremos la marcha de los sucesos ordinarios en la provincia del Paraguay, esto es, la vida y acción de la Compañía en los colegios y en las reducciones que ya estaban establecidas. Reservamos para otro capítulo el explicar la expansión apostólica, o sean, las empresas nuevas del divino servicio que con diversa fortuna emprendieron los jesuitas paraguayenses a fines del siglo XVII.

Empezaremos nuestra narración recordando el número de sujetos que componían la provincia del Paraguay a mediados de